

Manuel Godoy, *Príncipe de la Paz*, de Francisco de Goya (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando).

## Las razones de Godoy

### Manuel Godoy: Memorias

Edición de Emilio La Parra y Elisabel Larriba  
Publicaciones de la Universidad de Alicante  
Alicante, 2008. 1.986 páginas. 55 euros

Por Carlos Martínez Shaw

**MEMORIAS.** LAS *MEMORIAS del Príncipe de la Paz*, como tituló Manuel Godoy este largo texto reivindicativo de su actuación al frente del Gobierno de la monarquía española entre 1792 y 1808, son una de las fuentes inexcusables para el conocimiento del reinado de Carlos IV. Y ello a pesar de todos los pesares: el obvio subjetivismo que es inherente a este género de escritos, su carácter explícitamente reivindicativo reclamado desde el propio subtítulo (*Memorias críticas y apologéticas*) o su tardía publicación en 1836, una fecha alejada de los hechos expuestos, cuando su protagonista vivía los días de su exilio en París, después de haber residido muchos años en Roma junto a Carlos y María Luisa, los reyes ya sin corona a los que siempre se mantuvo fiel. Las razones que avalan su pertinencia se derivan paradójicamente de las mismas circunstancias que suscitan los recelos: Godoy habla con aplomo de unos hechos que por constituir su experiencia personal conocía mejor que nadie, trata de fundamentar la justificación de su obra de gobierno en una visión objetiva de una historia que había sido compartida por otros muchos actores y además está convencido de que la mera exposición de lo acaecido servirá para rehabilitar su figura ante la opinión pública y desbaratar las acusaciones infundadas o incluso calumniosas que le habían perseguido durante el momento de su encumbramiento y después de su caída. Para terminar, sus memorias no constituyen una biografía, ya que se ocupan de sus actos públicos y no de los privados, salvo de alguno particularmente sensible, el que le valió el sambenito de haber conseguido su ascenso gracias a los favores recibidos de la reina a cambio de inconfesables prestaciones íntimas, que zanja con elegante sobriedad mediante la simple afirmación (eso sí, repetida y subrayada) de la “vida sin mancha” de Carlos IV.

Las *Memorias del Príncipe de la Paz* tuvieron una inmediata, extensa e intensa repercusión. Su primera edición francesa fue traducida al inglés y al alemán, mientras la original edición española aparecía en Madrid entre los años 1836 y 1842 en las prensas de Manuel Sancha (los cinco primeros tomos, y el sexto en las de Alegría y Charlain), suscitando enseguida una agria controversia. Si la acogida fue positiva por parte de hombres como José María Blanco White, Mariano José de Larra o Antonio Alcalá-Galiano, por el contrario una sedicente Sociedad de Choriceros publicó unas Banderillas para descalificar la obra y para perpetuar la infamante memoria de su autor, como político de tres al cuarto preocupado de su medro personal, promotor de una camarilla de aduladores y rencoroso perseguidor de ilustrados. Una versión que hundía sus raíces en algunos defectos bien reales de Godoy, como su

evidente ambición, la imprudente ostentación de su riqueza o la licencia concedida a su ministro José Antonio Caballero para acosar a algunos de sus enemigos, especialmente a Gaspar Melchor de Jovellanos, símbolo de la Ilustración española. Además, para completar el cuadro, se le hacía responsable único de la recesión económica, de la crisis de la hacienda pública y de la errática política exterior en su mandato.

Al margen de la polémica, el valor testimonial de las *Memorias* propició sucesivas ediciones. Aprovechando el primer centenario de la invasión napoleónica, Ivan Peters las volvió a publicar en Madrid en 1908-1909, aunque el verdadero *tour-nant* se produce cuando Carlos Seco Serrano, en 1965, se hace cargo de una nueva edición en la Biblioteca de Autores Españoles, para la que escribe un excelente estudio preliminar, que significa al mismo tiempo una aproximación crítica a los hechos y una revisión historiográfica del personaje, que contradecía con serios argumentos la difundida interpretación de Hans Roger Madol, que hacía de Godoy nada menos que “el primer dictador de nuestro tiempo”.

La presente edición se justifica por muchos motivos, por razones más que suficientes para dispensarle la más calurosa acogida. Primero, porque podemos pasar de las bibliotecas a las librerías para leer las *Memorias* de Godoy, ya que la publicación de la BAE está completamente agotada. Segundo, porque el extenso estudio introductorio de sus responsables, Emilio La Parra y Elisabel Larriba, es ejemplar. Tercero, porque los editores se han podido beneficiar de los numerosos trabajos aparecidos en los últimos años, muchos bajo su propio impulso. Cuarto, porque el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante ha hecho un nuevo esfuerzo por mantener un prestigio ya sólidamente establecido. Y, finalmente, porque la lectura de las *Memorias* nos permite sacar nuestras propias conclusiones sobre un personaje tan controvertido como Manuel Godoy. Un político que no fue un gran innovador, sino que se limitó a seguir las líneas maestras del reformismo ilustrado, aunque con la misma convicción de sus antecesores. Así, sus logros en el fomento de la economía, en el impulso a las obras públicas, en la creación de instituciones asistenciales y educativas, en el mecenazgo de las artes y en la promoción de grandes expediciones científicas nada tienen que envidiar a las décadas anteriores. En el campo de las relaciones internacionales, hay que volver a aludir a las dificultades extraordinarias de un periodo dominado por el influjo de la Revolución Francesa y por la figura singular de Napoleón, su permanente interlocutor. Y para colmo, Godoy hubo de afrontar una sistemática oposición interna, que termina por cristalizar en el partido fernandino, un artefacto conspirativo donde se daban cita la reacción aristocrática y la aversión al ministro y cuyas limitaciones se pusieron de manifiesto durante el penoso proceso del Escorial y el mitificado motín de Aranjuez, ya convincentemente deflactado por Carlos Seco y Miguel Artola. ●

### La cena de los notables.

#### Sobre lectura y crítica

Constantino Bértolo  
Periférica. Cáceres, 2008  
249 páginas. 16 euros

### Una Venus mutilada.

#### La crítica literaria en la España actual

Germán Gullón  
Biblioteca Nueva. Madrid, 2008  
158 páginas. 12 euros

**ENSAYO.** EL RETRATO DE LA RUINA reúne a dos autores que anduvieron ya juntos en 2004, cuando Germán Gullón publicó en la colección que dirige Bértolo, Caballo de Troya, un libro sobre las mutaciones (o mutilaciones) de la literatura en democracia, *Los mercaderes en el templo de la literatura*. Según Gullón, existen listas negras que explican el silenciamiento de autores valiosos bajo el mandato de la corrupta red de suplementos de periódicos (él escribe en *El Mundo*), revistas y empresas editoriales. Y según Bértolo, la crítica de custodio, guardián y tribuno ha muerto desde que este periódico suspendió sin previo aviso la publicación de las reseñas de Ignacio Echevarría. Esta última es una apreciación de amigo en defensa del amigo, y es explícita y parcial sin enmascaramientos, y así se entiende (Echevarría es uno de los cuatro destinatarios del libro, junto con Rafael Conte). El resto del libro también se entiende porque es una elegía didáctica y sencilla, fruto quizá de cursos para estudiantes sin preparación, en torno a la lectura, la crítica, la literatura desde una perspectiva que englobe lo literario y lo político como espacio donde se forja la aspiración al bien común (si no estuviese todo envilecido por el mercado...). No es sin embargo el libro valiente, chirriante, distinto, que Bértolo podía escribir tras muchos años como crítico y sobre todo editor, y que insinúa algún momento vibrante del prólogo.

Pero el de Germán Gullón, que es catedrático de literatura española en Ámsterdam, es desolador. Las ideas y opiniones



repite las expuestas en el libro de 2004, pero no elabora más reflexiva o argumentalmente la denuncia de la corrupción, la pobreza, la insensatez y la banalidad de la crítica. La queja mezclada con la inanimidad, la irritabilidad compulsiva y una suerte de precipitación repetitiva y malhumorada dejan el libro en el terreno del desahogo y no del instrumento para la discusión o el debate. Es una protesta sin articulación ni análisis, prolongada durante 150 páginas plagadas por cierto de errores ortográficos, gramaticales y sintácticos. En algún bucle arcádico del pasado existió una crítica independiente pero no queda ni rastro, y si algún crítico va por libre, “considéresele un auténtico dinosaurio”, que habrá que localizar “en Pamplona, Madrid y en Salamanca”, porque sin duda Bilbao, Valencia, Zaragoza, Girona o Pontevedra no tienen dinosaurios. “Reivindico que la literatura sea dejada en libertad”, quizá porque “los literatos han aprisionado a la literatura”. Entre las novedades hay una mala —a los estudiantes “lo complicado les aburre”— y una buena más inaudita todavía: “La pluralidad de opiniones actuales, motivadas por una contaminación de los procesos racionales por la emotividad” exige del crítico “algo que antes nunca se le había pedido: que sea auténtico”. Ah, y “los críticos jamás salen de su círculo para buscar novedades”, porque la crítica “se dedica a trompetear lo favorecido y denostar lo que le disgusta!”. Con estas honduras reflexivas

habrá que recomendar universalmente la lectura del libro de Bértolo, que es un curso claro sobre la literatura como producto (también) ideológico y con función política, además de una sencilla aproximación a la *operación de leer* (en frase, sin embargo, que fue título de un extraordinario ensayo de Joan Ferraté hace medio siglo). **Jordi Gracia**



### La guerra civil en Atenas. La política entre la sombra y la utopía

Nicole Loraux  
Traducción e introducción de Ana Iriarte  
Akal. Madrid, 2008  
222 páginas. 20 euros

### La ciudad dividida. El olvido en la memoria de Atenas

Nicole Loraux  
Traducción de Sarta Vasallo  
Katz. Madrid, 2008  
281 páginas. 23 euros

**ENSAYO.** SORPRENDE E IMPRESIONA la incisiva actualidad de estos dos libros sobre otra guerra civil y la ardua conexión de la memoria y el olvido en una ejemplar restauración democrática. Lo subraya muy bien Ana Iriarte en su ágil introducción, con referencias de nuestros días, y lo evoca Nicole Loraux. La analogía de los procesos históricos —nunca idénticos, pero comparables— invita a análisis y reflexiones de larga perspectiva. La antigua Atenas tuvo su cruel guerra civil y su transición democrática. Y en el año 403 antes de Cristo, después de la caída de los Treinta Tiranos, los demócratas victoriosos decretaron una amnistía sobre los crímenes del periodo anterior. He ahí un hecho trascendente que la historiadora francesa quiere analizar a fondo, buscando la razón de esa amnistía, que no es sólo una cómoda amnesia, sino un empeño por conservar la esencia fraternal de la ciudad, la polis democrática por excelencia. La generosidad del *demos* consiste en reconocer la *philia* y la *homonoia*, la amistad y concordia, bases de la convivencia cívica, remedios de la “discordia civil”, la *stásis*, ese conflicto persistente en las raíces de la misma polis. “Sólo la memoria puede decretar el olvido”. Podríamos añadir: con qué extraña justicia. Ahí está la sugerente paradoja que se analiza en profundidad. Conjugar la una y el otro fue el gran reto que los demócratas áticos intentaron afrontar con su acción política generosa y conciliadora. A los atenienses les gustaba evocar en sus tragedias feroces y ejemplares desastres, pero creían que la política debía propiciar un ámbito común de reconciliación y progreso humano. Preferían con fino tacto hablar de *politeia* (ciudadanía) más que de *demokratia* (“poder del pueblo”); aludir al “poder” impuesto de unos sobre otros era mentar la añeja desunión que debería quedar superada. Buena lección de una antigua democracia para ejercitar el sutil “anacronismo controlado” que Loraux propone para acercarnos y entender a los antiguos, un viaje hermenéutico de ida y vuelta. De esto, y muchos más temas al margen, trata *La ciudad dividida* (que Loraux consideró su mejor libro) y los espléndidos ensayos de *La guerra civil en Atenas*. La gran helenista, desaparecida en 2003, marcó con su penetrante mirada y su precisión filológica un modo de estudiar y comprender a los griegos. A la vez que nos recuerda la frase de Marc Bloch: “Hay que comprender el presente mediante el pasado y el pasado mediante el presente”. **Carlos García Gual**